

GOMEZ ITURRA, Juan Carlos Roberto

(Dossier 7 Pág. 3 artículos)



NOMBRE COMPLETO:

Juan Carlos Roberto Gomez Iturra

EDAD al momento de la detención o muerte:

27 años al momento de su muerte

PROFESION U OCUPACION:

Empleado

FECHA de la detención o muerte:

21 de junio de 1979

LUGAR de la detención o muerte:

A. Lizama c/ A. Del Canto, Lo Valledor, Santiago, RM

ORGANISMO RESPONSABLE de la detención o muerte:

Carabineros

TIPO CASO de violación de derechos humanos:

Ejecutado

HISTORIA PERSONAL Y POLITICA:

Militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Chile)

GOMEZ ITURRA JUAN CARLOS ROBERTO: 27 años, casado, muerto el 21 de junio de 1979 en Santiago.

Juan Carlos Roberto Gómez Iturra murió ese día a las 9:15 horas, en el Hospital Barros Luco, por herida de bala torácico abdominal con salida de proyectil, como acredita el Certificado Médico de Defunción del Instituto Médico Legal.

De acuerdo con declaraciones de testigos, Juan Carlos Gómez era integrante del Comité Central del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y ex preso político. El 21 de junio de 1979 transitaba junto con otro militante de esa organización en una camioneta robada por el sector del Matadero Lo Valledor, en Santiago, cuando se encontraron con un control policial, el que intentaron evadir. Los policías los persiguieron y cuando se disponían a detenerlos en el interior de la población Nueva Independencia, aquéllos se resistieron con armas de fuego, lo que provocó un intercambio de disparos que finalizó cuando ambos fueron reducidos.

Juan Carlos Gómez, quedó herido en una pierna y en la espalda.

De acuerdo con la declaración del acompañante, ambos fueron introducidos en el vehículo policial, el que se mantuvo en el mismo lugar. Después de una hora, éste comenzó a dar gritos y golpes de pie en las puertas del furgón con el fin de que dieran pronto auxilio médico al herido que se estaba desangrando en el vehículo. Sin embargo, uno de los aprehensores, al escucharlo, abrió la puerta del furgón, preguntó que ocurría y, posteriormente, golpeó a Juan Carlos Gómez en sus heridas, provocándole un aumento de la hemorragia. Sólo una hora más tarde fue trasladado al Hospital Barros Luco, donde se constató su fallecimiento.

Considerando de los antecedentes reunidos y la investigación realizada por esta Corporación, el Consejo Superior pese a que no pudo determinar la calidad de

agente del Estado del autor, llegó a la convicción de que en la muerte de Juan Carlos Roberto Gómez Iturra tuvo decisiva influencia el hecho de que no se le proporcionó atención médica oportuna y que se le golpeó cuando se encontraba herido. Por tal razón, lo declaró víctima de la violencia política.

(Corporacion)

-----0-----

CEREMONIA DE AMOR PERROS DE CANA

Martín faunes Amigo



**Para Pepe Carrasco y Juan Carlos Gómez,
llamados también "Pepone" y "Loquillo", respectivamente.
Con un saludo para los tatas Donoso y Miguel González,
viejos y nobles prisioneros.**

*"La vi venir, su caminar era lento y cansado,
daba la impresión de que llevaba al mundo entero sobre el lomo"*
María Angélica Benavides, Pirifulaifa.

Nadie supo de dónde vino o por qué estaba ahí cuando llegamos, semi libre, semi preso, en esa cárcel precaria que era Puchuncaví. Cuando a nosotros nos obligaron a ir allá desde Grimaldi, él salió a movernos el rabo y a lamer nuestras heridas. Le pusimos por nombre "cototo", no porque no tuviera una prominencia arriba de la cabeza, de hecho, aunque muy tenue, la tenía, y así y todo tenue, alcanzaba para darle una apariencia de perro de dibujos animados bastante chistosa. Sin embargo, no era la razón de que le hubiéramos puesto así, ese nombre fue una broma de Pepone o del Loquillo: "debió nacer después del golpe, por lo tanto es un cototo". Cototo, hoy lo veo todavía entre las alambradas, sigiloso, pasando de un pabellón al siguiente, o escondido debajo de las bancas hasta alcanzar alguno de los mendrugos que nosotros, a pesar de las circunstancias, siempre podíamos arrojarle. Y por las noches, como el canero que era, desaparecía por algún escondite secreto, o escaparía quizá más lejos, por algún agujero hacia esos eucaliptus que crecían tras las alambradas. Se escondía el cototo en cuanto el sol desaparecía, y se restaba así de nuestras tertulias anteriores al toque de queda. Es que el campo de concentración Puchuncaví era vigilado con rigor por las noches; y no sólo por guardias, sino por acechadores de colmillos brillantes peores aún que los propios guardias, y conste que hablo de guardias que no habrían dudado en disparar ante cualquier movimiento más allá de las covachas.

Los guardias significaban para nosotros un peligro, pero no para el cototo. Él sabía mantenerse alejado de éstos que más de una vez lo habían querido alcanzar a puntapiés, o peor, le habían disparado como a pato de feria. Es que ese quiltro busca vidas olfateaba a los uniformes y las botas militares desde lejos, y por supuesto reconocía también el olor a pólvora de los fusiles, así que pasaba esquivándolos de un cuarto a otro, de una celda a otra. Así fue como se convirtió en testigo de todo lo que ahí pasamos, de lo bueno y de lo malo. Asistió a nuestras

presentaciones teatrales, a nuestros recitales, si hasta aullaba mientras cantábamos. Estuvo presente por lo menos en una de las veces que Pepone montó en cólera porque su equipo de básquet perdió. Lo recuerdo porque el cototo al verlo encolerizado, lo llamó al orden a mostrada de colmillos y gruñido limpio. Y estuvo también presente cuando aquel boina negra constitucionalista que tenían preso con nosotros, logró escaparse. Tal vez fue el propio cototo el que lo ayudó.

Presente en todo. También en aquellas jornadas duras que los milicos llamaban “de convencimiento”, y en otras chistosas, como cuando el trío de compañeros que llamábamos “los patria o muerte”, éstos que recibían paquetes con ostras y nunca fueron capaces de convidarnos, montaron en pánico cuando el propio Pepone, por bromearles les arrojó un fusil de utilería diciéndoles “aquí tenemos armas compañeros, a luchar por la libertad, patria o muerte venceremos”.

Testigo de todo. Participante activo en nuestra huelga de hambre por los 119. Él era también nuestra compañía en la celda de solitaria cuando ahí nos confinaban, porque él y sólo él era el único con posibilidad de visitarnos; y cómo no, si se me metía por cualquier agujero. Era además un valiente, si hasta se atrevía a amenazar a los milicos -desde lejos, claro-, cuando éstos nos daban de esa dosis tan suya de crueldad.

Definitivamente, aquel perro multiracial, era nuestro compañero, uno más entre nosotros en esa cana semi clandestina llamada Puchuncaví, otrora balneario popular construido por el compañero Allende, para regocijo de cabras y cabros proletas. Pero el verdadero peligro nocturno al que se exponía el cototo, y era por eso que desaparecía, era una pareja de ovejeros alemanes que los guardias por las noches soltaban y que de haberlo sorprendido lo habrían hecho pedazos. Es que el cototo con suerte le llegaría al cogote tanto a ella como a él. “Lobo” y “loba”, éstos eran sus nombres. Por lo demás lobo y loba no eran un peligro sólo para él, cuando los guardias nos castigaban obligándonos a correr por el patio hasta extenuarnos, soltaban también a lobo y loba que si nos alcanzaban -generalmente nos alcanzaban-, nos daban dentelladas salvajes por los tobillos.

Y porque lobo y loba eran para nosotros un peligro, fue Schmitz, un científico preso con nosotros, quien discurrió la estrategia de ganárselos. Con loba no pudo, pero sí con lobo. Empezó por darle pedacitos de pan y sacrificó también algunos escasos “manjares”, convencido de que podría llegar a cebarlo. No se equivocaba, a los pocos días lo tenía comiendo en su mano. Nadie muerde la mano de quien le da de comer, tampoco lobo; y cuando la estrategia de Schmitz fue imitada, lobo dejó de ser un peligro. Bien por nosotros, incluyendo al cototo, porque los guardias se dieron cuenta de que ya no era el animal fiero que necesitaban y lo devolvieron a su cuartel de origen. Claro que loba se puso más agresiva. Parecía querer hacer su tarea y también la de su compañero ausente; pese a ello, escapar de un perro no es lo mismo que escapar de dos, y nosotros, con el amansamiento y la ausencia de lobo tuvimos un tremendo alivio.

Hago notar, de todas maneras, que loba se esmeraba en reemplazar a su ex compañero, pero sólo hasta donde su naturaleza femenina podía permitirse. Es que la naturaleza y las hormonas son terribles de poderosas; no fue por eso para mí una sorpresa muy grande, cuando el propio Pepone vino corriendo a decirnos “vengan a ver, cómo el cototo copula con loba”. Por supuesto, igual corrí a celebrar la hazaña de nuestro querido compañero que había llevado a la perra de raza a una acequia para alcanzarla; situación que la hembra, loca de deseo, había aceptado

contenta y le permitía por eso al noble quiltro vibrar sobre ella de lengua afuera. Y no sólo vibrar. En realidad, el cototo temblaba y temblaba, y después de una serie de tiritones y jadeos, se fue a pique de lado y quedó semi hundido en el fango; no obstante, gracias también a su naturaleza, unido siempre a su amante que se tendió también para permitir que su cuerpo continuara penetrado por el del cototo. Una escena maravillosa, final de una ceremonia de amor surrealista, cuyo telón de fondo fue el crepúsculo rojo de Puchuncaví y, lógicamente, nuestra ovación, porque junto a su triunfo triunfábamos también nosotros, todos nosotros.

Cosa extraña: triunfaba el amor por sobre el odio en Puchuncaví de mil novecientos setenta y cinco, y nosotros caneros sabíamos que eso así nomás no iban a permitirlo. De hecho entre nuestra risa, se escuchó la voz de un soldado que nos gritaba desde la torre: “¡qué están haciendo ahí, mierda!”. Y ahí no estoy seguro. Pudo ser el científico o Pepone, o pudo ser el Loquillo o yo mismo, lo cierto es que una voz convincente salida de alguna de nuestras gargantas respondió: “¡estamos contando chistes!”. Acto seguido, sin ponernos de acuerdo, estrechamos el círculo para que el guardia no pudiera ver el descanso de los amantes. Lo hicimos de manera automática sin importarnos que para conseguirlo muchos tuviéramos que meternos en la acequia hasta las rodillas. Qué importaba. Yo lo único que temía era a la frase siguiente del guardia, que con seguridad sería “¡dispérsense, mierda!”.

Fue un par de minutos fatales en que tal como yo, todos esperábamos y sabíamos que de suceder, el cototo sería muerto de un balazo. Los guardias jamás permitirían que uno de la cana gozara con una de ellos, aunque esa “una”, hubiera gozado tanto como había gozado el perro canero. Fueron dos minutos de angustia, pero esa segunda frase lapidaria del guardia nunca llegó, en vez de eso Pepone forzó una risa emitida como tras otro chiste, y su risa fue imitada por todos, y así después de un momento, otra vez la risa y otra. Quizá el guardia pensó que era mejor que estuviéramos allí en frente suyo riéndonos como idiotas, porque así podría controlarnos mejor, y por eso nada más nos dijo, aunque pudo ser también por esa magia divina que siempre protege a los amantes; el caso fue que nosotros continuamos en nuestro círculo estrecho, simulando risas, hasta que la feliz pareja pudo separarse. Fue hermoso. Es que loba había cambiado, nos parecía ahora amorosa con él y lo era también con nosotros, y el cototo la guió por detrás de las chozas hasta un rincón a cubierto donde, muy juntos, durmieron la siesta.

Perro canero. Se me ocurre que la definición es acertada. Y si me preguntan qué pasó con él, o mejor, “qué paso con esa pareja”, les cuento que su amante loba, seguro, tuvo sus cachorros contenta en la perrera del regimiento, porque tal como ocurrió con lobo, cuando los guardias entendieron que ya no significaba un peligro, la devolvieron al cuartel, y allá lobo, su antiguo compañero, imagino, debió acogerla de nuevo, asumiendo también las criaturas. No asumir a los hijos de la mujer sólo porque no hayan sido producto de la pasión de esa mujer con uno, me pareció siempre que es una tranca estúpida propia sólo de nosotros los humanos.

La partida de loba ocurrió unos días antes de la partida del cototo, quien se despidió de ella con un lamer y lamer que todos en Puchuncaví le celebramos. Sin embargo la partida de la cana para el cototo, como se podrá ver, no fue tan fácil. Un viejo prisionero a quien llamaban “el tata Donoso”, y que iba a ser liberado en algunos días más, manifestó deseos de llevarlo consigo; cuestión más que acertada, porque loba en el cuartel, de seguro no daría todavía señales de estar en cinta, pero era obvio que cuando las diera, le iban a sacar la cuenta y concluirían que el cototo

era el único varón posible padre de los quiltritos y, para vengar el honor de las fuerzas armadas y de orden, querrían venir a Puchuncaví a cocerlo a balazos.

Conveniente entonces la decisión del viejo que ahí estaba con sus pocas pertenencias junto al perro que de algún modo había entendido que partiría de la cárcel con ése, su libertador. Todo bien. Desafortunadamente, un oficial joven quiso perjudicarlos. Se acercó para eso prepotente y le rugió al viejo: “¡usted no se lo puede llevar, porque este quiltro no estará preso, pero es de aquí!”. Aclaro que el tata Donoso era tan viejo que todavía hablaba de “el traidor Videla”, y así como viejo, no atinó y nada alcanzó a hacer o a contestarle; aunque claro, no habría valido la pena que le hubiera contestado ninguna cosa tampoco, ya que de todas maneras, el propio quiltro escapó del puntapié con que el oficial quiso “echarlo pa’entro”, y corrió hacia las alambradas que traspasó por algún agujero en la arena, por donde desapareció como desaparecía de costumbre todas las noches.

Media hora después, cuando a la entrada del campo se estacionó una citroneta destartalada donde la familia del viejo vino a buscarlo, apenas éste levantó la puerta de la maleta para guardar sus pilchas, el cototo surgió como de la nada y, mientras el viejo besaba a su mujer y cada uno de sus críos, abrazaba a su mujer, sin que nadie lo advirtiera, de un salto se escondió entre esas mismas pilchas que el viejo allí había puesto. Partió así de polizonte con el viejo y su familia por el camino más bello que existe; ése que conduce a la libertad.

Yo sé que puede resultarles difícil aceptar que esta historia sea verdadera ciento por ciento, y no es mi intención obligarlos tampoco a que la crean. No obstante, para confirmar esta verdad y sólo para hacerle honor a ella, hoy empeño mi palabra y doy fe de su autenticidad diciendo también con firmeza, que nada aquí se ha exagerado... no lo voy a saber yo, si yo mismo soy ese viejo prisionero de apellido Donoso, comunista de partido, que, una vez en su casa con su mujer y sus hijos, se encontró entre las pilchas a ese perro extraordinario que se vino callado y escondido para recuperar conmigo su libertad en ese episodio milagroso ocurrido hace ya una treintena de años.

Juan Carlos Gómes Iturra, estaba casado y era integrante del Comité Central MIR y ex preso político. Cayó muerto el 21 de junio de 1979 en Santiago cuando tenía 27 años, tras ser herido a bala en una pierna y en la espalda. De acuerdo con la declaración de su acompañante, él y Juan Carlos fueron introducidos en un vehículo policial que se mantuvo en el mismo lugar del enfrentamiento. Por esta razón, su acompañante, que veía cómo Juan Carlos se desangraba, empezó a dar gritos y golpes de pie en las puertas del furgón con el fin de que dieran auxilio médico al herido. Sin embargo, uno de los aprehensores, al escucharlo, abrió la puerta del furgón, preguntó qué ocurría y, golpeó salvajemente a Juan Carlos Gómez en sus heridas, provocándole un aumento de la hemorragia. Sólo una hora más tarde el herido fue trasladado al Hospital Barros Luco, donde se constató su fallecimiento.

José Carrasco Tapia, era periodista, director de la Revista Análisis. Tenía dos hijos, era dirigente del MIR. En la madrugada del 7 de septiembre, bajo estado de sitio y con toque de queda, un comando de agentes de la CNI lo secuestró de su casa. Echaron la puerta del departamento abajo y lo empujaron subiéndolo a un vehículo que emprendió veloz carrera. Iván, su hijo mayor salió corriendo detrás, pero nada

pudo hacer. Lo asesinaron en un costado del Cementerio Parque del Recuerdo. Doce balas en la cabeza y una en un pie. Después huyeron. Han pasado quince años y sus asesinos siguen amparados en el anonimato, aunque ya hay pruebas suficientes contra ellos para que la justicia los condene.

El día que asesinaron a José Carrasco, asesinaron también a Felipe Rivera Gajardo, electricista, militante del PC, en Pudahuel; y también a Gastón Vidaurrázaga Manríquez, profesor, militante del MIR, en San Bernardo. Horas después fueron encontrados los cadáveres de los tres secuestrados, acribillados a balazos. Al día siguiente, esto es el 9 de septiembre, fue raptado desde su parcela, Abraham Muskatblit Eidelstein, publicista, militante del PC, del sector Casas Viejas. Su cuerpo apareció acribillado horas después en un canal de regadío contiguo al camino que conduce a Lonquén. Todos estos asesinatos se produjeron en represalia por el atentado al ex dictador Augusto Pinochet.

Juan Carlos Gómez y Pepe Carrasco, participaron en la recordada y famosa huelga de hambre que los prisioneros políticos del campo de concentración de Puchuncaví, realizó para protestar contra la gran mentira que significó el montaje periodístico llamado "El listado de los 119". Entre los participantes en esta huelga, se contaban militantes y dirigentes del MIR, algunos de los cuales fueron asesinados con posterioridad a su liberación, entre ellos los compañeros mencionados, así como el marino Carlos René Díaz Cáceres, muerto en lo que se presume fue una explosión provocada por la CNI, en el año 1982, y Eduardo Charme, dirigente del Partido Socialista, asesinado en un falso enfrentamiento el 14 de septiembre de 1976.

-----0-----

La desconocida historia de Gómez y los DD.HH.

29/04/2006 La Tercera



En su airada respuesta a la abogada Pamela Pereira en la Radio Cooperativa, José Antonio Gómez le enrostró que él también fue víctima de violaciones a sus DD.HH. en el régimen militar y que ella no podía decir "que todos los dolores son de ella". "Mataron a mi hermano, metieron preso a mi padre, mis hermanas estuvieron exiliadas y presas, yo estuve preso, me torturaron", dijo en la entrevista radial en tono golpeado.

En efecto, aunque no es un secreto, tampoco es vox pópuli que el ex ministro de Justicia fue detenido a los 17 años y pasó por varios recintos que el régimen utilizó como centros de represión. Estuvo preso en el Estadio Nacional, la Escuela Militar y la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea, donde fue torturado de diversas maneras. "A mí me pasaron las atrocidades más grandes, como a tantos otros que sufrieron atropellos en la dictadura", relata Gómez.

Mirándose las manos, explica que "me fusilaron en falso, me sacaron las uñas, me pusieron corriente, por años tuve las marcas de las torturas y señales en mis muñecas". Ello, tras ser detenido en octubre de 1973 en la casa de su actual esposa.

¿El motivo? Gómez lo atribuye a que era público que su grupo de amistades y su familia eran proclives al gobierno de la Unidad Popular. "Un día detuvieron a uno de

nosotros, él comenzó a entregar nombres y nos detuvieron a varios", recuerda el ex ministro.

Su familia también vivió los rigores de la represión. El hermano mayor de Gómez, Juan Carlos Gómez Iturra -hijo del primer matrimonio de su padre-, dirigente del MIR, fue detenido por Carabineros en 1978 y asesinado en Lo Valledor cuando el hoy senador ya tenía una activa participación política en la universidad. Según supo su hermano posteriormente, a Gómez Iturra "lo mataron a palos dentro de un furgón".

Su padre, José Manuel Gómez López, periodista del bombardeado diario Puro Chile -y hermano del también periodista Mario Gómez López- también estuvo preso y sufrió golpizas. Sus hermanas, Cecilia y Flavia, partieron al exilio en Cuba y luego a Francia, donde ambas permanecen hasta hoy. "La destrucción de mi familia fue total, de la noche a la mañana todo lo que era normal se volvió anormal", relata hoy el senador radical.

Gómez -quien integró la Comisión Valech, pero no declaró en ella para no ser juez y parte- insiste en que mencionó su historia al responder a Pereira "para mostrar que a mí no me pueden contar cuentos en este tema, no me pueden poner en la vereda de enfrente".



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

© CEME web productions 1999 -2009 